

Craig Johnson

El caballo negro
El quinto caso del *sheriff*
Walt Longmire

Traducción del inglés
de María Porrás Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

*Para Sue Fletcher, la auténtica Wahoo Sue,
y para Juana DeLeon, cuyo recuerdo vive
en Auda, Marlen y Benjamin.*

Agradecimientos

Este libro está dedicado a las favoritas de las carreras de Absalom que son, como siempre, Gail Hochman, una hermosa potrilla de Brooklyn de ojo certero y lengua afilada que me ha enseñado que la carrera puede ser lenta y no siempre gana el más fuerte, sino quien mejor apuesta. Kathryn Court, una purasangre de casta espléndida con la capacidad de defender como nadie la última recta y que me ha demostrado que el sentido común es lo que impide que vivamos en el mundo al revés y los caballos apuesten por las personas. Alexis Washam, la más rápida en la salida, que siempre me recuerda que uno no se aproxima a un toro de frente, ni a un caballo por detrás, y a un corrector mejor ni acercarse.

A mi buena amiga Maureen *Donnybrook* Donnelly, que siempre aparece cuando menos te lo esperas y me enseñó en la parrilla de salida que la vida es una apuesta de seis a uno, pero los días buenos te esperan a la segunda vuelta. Ben El Petrone, que siempre me ha aconsejado que, en caso de terremoto durante el derbi de Kentucky, tengo que ir derecho a la ventanilla de apuestas porque la caja nunca tiembla. A Meghan *The Cincinnati Kid* Fallon que, con la suerte de los irlandeses, siempre acaba ganando por una milésima, pero asegura que ningún caballo corre más rápido que el dinero que apuestas por él.

A Eric Boss, que una vez me apostó que era capaz de sacar la jota de picas de una baraja nueva y escupirme un chorro de sidra en la oreja. Todavía me estoy limpiando la sidra.

Gracias a la escuela de equitación Brannaman, por todos sus consejos.

Gracias a David Nickerson, médico y amigo, que asegura que los caballos de carreras son los únicos animales que pueden cabalgar dos mil personas a la vez.

Mis disculpas a Buzzy y a la tropa del Ar, y a todo el pueblo de Arvada, que comparte la localización pero no guarda ningún parecido con el entorno de la novela. «El bar Arvada, donde termina el asfalto comienza la diversión». Y tanto.

Y por encima de todo, gracias a Judy, mi esposa, que se lo jugó todo al apostar por mí.

caballo negro^{*1}

m. a) Especialmente en carreras de caballos, contendiente que acaba entre los primeros puestos contra todo pronóstico. b) m. En un concurso, participante con pocas posibilidades de ganar.

m. Persona reservada, especialmente alguien que posee habilidades o aptitudes insospechadas.

* El origen de la expresión «caballo negro» se remonta al siglo XIX. Cuenta la historia que un criador iba por los pueblos fingiendo que montaba un animal corriente cuando en realidad era un semental negro muy veloz. Participaba con él en las competiciones y cuando, para sorpresa de los lugareños, ganaba la carrera, se embolsaba el dinero del premio y de las apuestas, y se marchaba a otras localidades para hacer lo mismo. (*N. del A.*)

¹ La traducción de esta entrada remite directamente a la definición original de la voz inglesa. (*N. de la E.*)

Capítulo 1

27 de octubre, 11:00 horas.

Corría la tercera semana de octubre en las altas llanuras. El verano se había alargado insólitamente, agostando el paisaje y tiñendo las vigas herrumbrosas del viejo puente de un tono marrón cansado y desvaído.

Coroné la colina y detuve el Lincoln Town Car color plomo junto a la construcción de armadura Pratt. No había muchos ejemplos de este tipo de arquitectura en la zona del río Powder y los pocos puentes que quedaban se los subastaban a los rancheros para su uso privado. Yo había crecido viendo estos viejos puentes de acero y lamentaba que el último de ellos fuera a desaparecer.

Volví la vista al pueblo que se asomaba a las orillas del anémico río, apretujado contra las colinas de escoria como la hoja sibilante de un cuchillo afilado. El agua, la tierra y el puente compartían el mismo tono sepia y marchito.

Le dije a Perro que esperase en el asiento de atrás y me apeé del coche, me puse el sombrero y una chaqueta de piel de caballo gastada y eché a andar por el suelo de tierra. Estudié la superficie ancha y polvorienta del puente y, entre las rendijas de las vigas, las esquiras fulgurantes del río Powder. El Departamento de Transportes de Wyoming lo había sentenciado y, en consecuencia, lo había precintado con carteles amarillos: lo desmontarían la próxima semana. A su derecha distinguí los estribos que habían construido donde pronto descansaría el nuevo puente.

Contra un poste de la línea telefónica se apoyaba un remolque de la compañía Range que contenía una caja de distribución y

un teléfono de plástico azul que percutía con suavidad la madera empapada en creosota, como un telégrafo largamente olvidado.

—¿Se ha perdido?

Me giré y observé al viejo ranchero que se había detenido detrás de mí con una anticuada GMC del 55, un modelo con una parrilla delantera semejante a una mueca congelada. La camioneta iba cargada de heno hasta los topes. Me eché hacia atrás mi sombrero nuevo y lo miré.

—No, solo estoy echando un vistazo.

Avanzó perezosamente y detuvo el cacharro al ralentí sin quitarle ojo a Perro, mi coche último modelo y la matrícula de Montana.

—¿Trabaja en el metano?

—No.

Me escrutó con los ojos entrecerrados para darme a entender que no se acababa de creer lo que le estaba contando. Tenía los ojos tan verdes como las algas que crecen en los abrevaderos para caballos.

—Por aquí vienen muchos tipos del gas y del petróleo con la intención de comprarle los derechos minerales a la gente. —Me estudió a conciencia, deteniéndose en el sombrero negro nuevo, las botas y los vaqueros recién planchados—. Es fácil perderse por estas carreteras.

—No me he perdido. —Observé su carga, las diminutas flores azules que el sol había secado entremezcladas con el heno y el bramante naranja y cobalto que indicaba que había sido previamente desherbado. Cubos bobos, solíamos llamar a las balas de treinta kilos. Me aproximé y toqué el heno, rico en alfalfa—. Confirmado. Apuesto a que tiene una buena finca en los alrededores.

—Bastante buena, pero con esta sequía el terreno está tan seco que habría que estrujar a un hombre para que escupiese.

Como si quisiera darle énfasis a su declaración, lanzó un escupitajo que se coló por los agujeros oxidados de los bajos de la camioneta hasta el suelo; el tono del esputo era bastante similar al del río.

Asentí mientras bajaba la vista hasta la gravilla manchada.

—Un amigo mío dice que estas balas pequeñas son las culpables de que los ranchos familiares estén desapareciendo. —Volví

la vista hacia su cargamento: llevaba por lo menos doscientos kilos—. Después de cargar con un par de miles de estas en agosto uno comienza a plantearse si no sería mejor buscar otra manera de ganarse la vida.

Al oír mi comentario me taladró con la mirada.

—¿Tiene un rancho?

—No, pero me crie en uno.

—¿Por dónde cae?

Sonreí y me metí las manos en los bolsillos del vaquero, mirando el remolque sobrecargado y oxidado y luego la estructura ruinosa que salvaba la distancia entre el aquí y el allí.

—¿Va a cruzar el puente con esta camioneta?

El hombre soltó otro escupitajo que aterrizó cerca de mis botas y luego se limpió la boca con el puño de su camisa vaquera.

—Llevo cruzando esa maldita puente sesenta y tres años. No veo ninguna razón para dejar de hacerlo.

La puente; llevaba mucho sin oír ese arcaísmo. Eché un vistazo a los carteles amarillos que acordonaban el puente y al aspecto lamentable de la estructura condenada.

—Parece que, a partir de la semana que viene, no le quedará más remedio.

Asintió y se pasó una mano morena por el rostro curtido.

—Sí, supongo que en Cheyenne les sobra el dinero y no saben en qué gastarlo. —Esperó un instante antes de continuar—: La autopista estatal queda a unos seis kilómetros retrocediendo por esa carretera.

—Ya se lo he dicho, no me he perdido.

Notaba que continuaba observándome. Estaba seguro de que había advertido la cicatriz que tenía encima del ojo, la del cuello, el trozo de oreja que me faltaba, las manos laceradas. Es más, intentaba interpretar la indiferencia que se adquiere cuando uno lleva ejerciendo de *sheriff* un cuarto de siglo. Asentí, a la vez que volvía la vista al puente para no darle oportunidad a que me escrutara aún más.

—¿Eso de ahí es un pueblo?

—Algo así. —Soltó una risotada áspera—. Un rincón perdido y desdichado. —Continuó estudiándome mientras yo observaba el polvo que discurría por la superficie combada de los tablones

resecos—. Antiguamente se llamaba Suggs, pero cuando Burlington y Missouri trajeron el ferrocarril decidieron ponerle un nombre respetable, formal y bíblico.

Continué estudiando el pueblo.

—¿Y cuál fue?

—Absalom.

Me eché a reír y pensé que uno de aquellos ingenieros de ferrocarriles debía tener un gran sentido del humor o ser oriundo de Misisipi. Después caí en la cuenta de que, cuando el ferrocarril llegó a estos lares, ni Faulkner era escritor, ni tampoco había nacido.

Él continuaba mirándome a través de la colección de arrugas que jalonaba el contorno de sus ojos.

—¿Lo encuentra divertido?

Asentí.

—¿Lee la Biblia, señor...?

—Niall, Mike Niall. —Advertí que no me tendía la mano—. No he vuelto a hacerlo desde que mi madre me obligara. En los últimos setenta años casi nadie me ha obligado a hacer algo en contra de mi voluntad.

Siete años más de los que llevaba cruzando la puente, pensé.

—Debería leerla, señor Niall, aunque solo sea como referencia histórica. Absalón era el hijo del rey David, el desgraciado que se volvió en su contra.

Eché a andar hacia el coche de alquiler. Él se dirigió a mí después de una pausa.

—Yo de usted no iría al pueblo. No es un lugar muy cordial.

Abrí la puerta del Lincoln, arrojé mi sombrero en el asiento del acompañante y lo observé por encima de la capota. No me pasó desapercibido el Winchester 30-30 que había en el soporte para rifles detrás de su cabeza.

—No pasa nada. No he venido a hacer amigos.

Me disponía a sentarme en el asiento delantero, pero me detuve cuando volvió a dirigirse a mí.

—Oiga, jovencito, no me he quedado con su nombre.

Me detuve un único segundo y continué mirando el valle y el pueblo.

—Eso es porque no se lo he dado.

Conduje hasta el final de la calle de tierra que discurría junto a las vías del tren y detuve el coche alquilado a la sombra de un molino abandonado donde se leía LO MEJOR DEL OESTE, aunque quizá no fuera para tanto. Era cierto que habían cambiado el nombre de Suggs por el de Absalom en un intento de engrandecer el pueblo y librarlo de su pasado dudoso, pero no podía evitar sentir que, fuera cual fuera su nombre, tenía los días contados y su existencia pronto tocaría a su fin. Dejé las ventanillas un poco bajadas para Perro y me planté frente al único establecimiento a la vista.

En tiempos, el AR había sido el BAR, pero una chapuza en la carpintería y el sempiterno viento habían sido los responsables del cambio de nombre; eso, o la B había partido en busca de un lugar más halagüeño. A un lado había varias habitaciones de motel deslucidas conectadas al edificio y algunas construcciones exentas al otro. Lo que le daba unidad al conjunto era un alero que protegía parcialmente la acera de madera.

Por el hueco entre el edificio principal y la primera construcción se distinguía un tanque de propano en un patio lleno de maleza y había unas botas colgadas de unas tuberías remendadas con bramante agrícola que se mecían dulcemente como dos apéndices bajo la brisa. Alguien había pintado el siguiente cartel: BAR ABSALOM: DONDE TERMINA LA CALLE COMIENZA LA DIVERSIÓN.

Y que lo digas.

Había media docena de perros en la caja de la camioneta detrás de la que había aparcado, todos ellos cruce entre collie de la frontera y pastor ganadero australiano. Se pusieron a ladrar cuando rodeé el capó del coche. El del pelaje rojizo de la esquina me lanzó una dentellada que me pasó a veinte centímetros. Me detuve y me giré para mirarlos, seguían gruñendo y enseñándome los dientes, y comprobé que Perro había levantado la cabeza del asiento trasero para observar siniestramente a la jauría, de la misma manera que los lobos observan a los coyotes.

Todavía había postes para amarrar a los caballos frente al Ar, lo cual era de lo más práctico ya que había caballos frente al Ar. Un caballo cenizo con pinta de arisco y un cuarto de milla adormilado se revolvió cuando pisé los escalones de madera. El ceniciento tenía un ojo nublado y se giró para mirarme con el bueno, mien-

tras el otro continuaba su siesta al sol de septiembre con la pierna flexionada como una estrella de la era pretecnicolor en el momento del beso. Extendí la mano y él me pasó el suave hocico por los nudillos. Me acordé de un ojo rodeado por un círculo y del último caballo al que me había acercado y de su muerte.

—Aquí no tocamos el caballo de nadie sin preguntar antes a su dueño.

Dejé caer la mano y me giré para mirar al que había hablado.

—Bueno, técnicamente ha sido él quien me ha tocado.

Me planté en el porche y observé al *cowboy*, consciente de que sacarle a alguien sesenta centímetros era una ventaja considerable cuando te enfrentas a tu oponente, especialmente si este tiene diez años.

El pequeño forajido se balanceó sobre sus botas y me escrutó con sus ojos oscuros.

—Qué grande eres.

—No lo tenía planeado.

Se quedó meditando sobre ello y luego contempló con desaprobación mi sombrero nuevo.

—¿Te has perdido?

Suspiré quedamente y continué caminando hacia la puerta.

—No.

—El bar está cerrado.

Decía todo con una certeza que no admitía réplica; me pregunté si no estaría emparentado con el granjero de ojos verdes del puente sentenciado. Me giré para mirarlo con una mano en el picaporte.

—¿Frecuentas este establecimiento de manera habitual?

Se llevó una mano a la cadera y me miró fijamente, como si yo tuviera la obligación de saber lo que iba a decirme.

—Hablas raro.

Me quedé observando los mechones de pelo negro alborotado que asomaban debajo del sombrero de vaquero manchado, como una bandada de cuervos que quisieran escapar. Me recordó a otro chaval de hacía mucho tiempo que tenía la cabeza como un cubo, tan dura como hueca.

—¿Todos los habitantes de este pueblo son tan educados como tú?

Se detuvo un segundo y se metió en la boca el cordón mordisqueado del sombrero, sin llegar a escupir en la calle como el viejo ranchero.

—Pues sí.

Asentí, mirando el cartel de plástico de CERRADO que colgaba de la ventana, giré el pomo y entré en el Ar.

—La vida debe ser de lo más amena por estos lares.

El Ar se parecía a la mayoría de los locales de venta de alcohol del norte de Wyoming, los cuales se parecen mucho a los establecimientos del sur de Wyoming y de todo el Oeste, con la excepción de que este tenía un *ring* de boxeo de fabricación casera en el extremo izquierdo de la barra en forma de U, que consistía en una plataforma elevada de madera contrachapada, un poste de hierro en cada esquina y dos vueltas de cuerda de atar ganado alrededor.

En una repisa encima de la barra había un televisor sintonizado en el canal del tiempo con el sonido quitado. El tiempo era un tema de conversación infalible en esta parte del mundo: a todo el mundo le interesaba, todo el mundo disfrutaba quejándose y nadie podía hacer nada al respecto. Un hombre que pasaba la mediana edad estaba sentado en una silla desemparejada, en una de las mesitas a la derecha de la barra, fumando un cigarrillo. Estaba leyendo el periódico de Gillette.

—El bar está cerrado.

Era una voz femenina, con el mismo tono de enteradilla que el del niño, de modo que imité al hombre que leía el *News-Record* y la ignoré. Recorrí con la mirada el bar desierto.

—¿Cómo?

—El bar está cerrado.

La voz procedía de detrás de la barra, por lo que me dirigí hasta allí y bajé la vista; distinguí la punta de un bate de béisbol, la culata de un viejo Winchester que sobresalía de un estante y una mujer joven. Era muy menuda y estaba limpiando bajo los frigoríficos de cerveza con un trapo. Tenía una mata de cabello negro recogido con una gomilla y me estaba mirando. Sus ojos eran color moca y la piel del mismo tono que la del niño; puede que fuera india o, ahora que me fijaba bien, quizá fuera centroamericana.

—El bar está cerrado.

—Sí, ya lo he pillado. —Me eché hacia atrás el sombrero y le-

vanté la mano con gesto apaciguador—. Y antes de que preguntes, no me he perdido.

Ella arrojó el trapo al suelo con un gesto exasperado.

—¿Entonces qué es lo que quieres?

El bar permaneció en silencio un instante.

—Me preguntaba si tienen alguna habitación disponible en el motel.

Ella se levantó y apoyó el cuerpo contra la barra, acto seguido cogió otro trapo de una pila y se secó las manos.

—Tenemos todas las habitaciones del mundo disponibles. Nadie quiere quedarse aquí, sin aire acondicionado ni tele por cable. —Le echó una mirada al hombre sentado en la mesita, que continuaba fumando y leyendo—. ¿Pat? Este hombre quiere una habitación.

El aludido no levantó la vista y continuó tapándose gran parte de la cara con una mano donde destacaba un enorme anillo de oro masónico alrededor del que orbitaba el humo del cigarrillo.

—Está completo.

La mujer me miró, luego lo miró a él y finalmente se encogió de hombros y regresó donde el frigorífico que goteaba. Me volví hacia él. Tenía sobrepeso e iba vestido con un mono, una camisa de cuadros de manga corta y una gorra de camionero donde se leía SEMILLAS SHERIDAN.

—¿No les queda ninguna habitación?

Levantó la vista para mirarme y acto seguido la bajó, dejando caer un poco de ceniza en un cenicero de cristal que publicitaba el hotel Thunderbird de Las Vegas.

—Están todas reservadas.

La voz de la mujer se hizo oír desde detrás de la barra.

—¿Y qué hay de la número cuatro?

Él continuaba leyendo.

—El retrete está averiado.

Ella volvió a pronunciarse mientras yo me apoyaba contra la barra.

—Tenemos un baño aquí, podría usar este.

El tipo suspiró y nos miró con malas pulgas.

—Va contra la ley, en la habitación tiene que haber un baño que funcione.

Ella volvió a levantarse, arrojó el trapo empapado en un cubo de basura galvanizado y cortó media docena de trozos de papel de cocina de un rollo que había en la barra.

—¿Y qué ley es esa?

Él se quedó mirándola y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—La ley que dice que hay que tener un cagadero en cada habitación.

—¿Y quién ha dictado esa ley, si puede saberse?

Un atisbo de furia le asomó a los ojos y me pareció distinguir un leve acento latino.

Él echó hacia atrás la silla y dobló el periódico, calándose bajo el brazo.

—Yo.

Cuando ella se volvió completamente hacia mí, me recordó por un segundo a mi hija.

—¿Pagarás en metálico?

Parpadeé.

—Puedo hacerlo.

Luego se dirigió al legislador y me sentí aliviado de no ser el centro de su ira.

—Llevas dos semanas sin pagarme porque no tenías dinero. —Él continuaba mirándola con los ojos entornados—. Pues aquí tienes dinero. —Se acercó a la pared de detrás de la barra, cogió una llave de un casillero completo y la estampó sobre el mostrador—. Treinta y dos dólares con noventa y cinco centavos.

Asentí y me quedé mirando la llave que ella aún cubría con la mano.

—¿Por una habitación sin baño?

Ella me miró a través de sus pestañas oscuras, bajo unas cejas inquisitivas.

—Te perdono los noventa y cinco centavos, y no te cobro los impuestos.

Me dispuse a sacar la cartera.

—No se lo contaremos a Hacienda. —Ella no dijo nada y continuó ignorando al otro hombre mientras yo le entregaba dos billetes de veinte—. Puede que necesite la habitación más de una noche.

—Mejor que mejor. Me quedo con el cambio a modo de depósito.

Cogí la llave y me dirigí hacia la puerta.

—Gracias... Creo.

—¿Quieres tomar algo?

Me giré para mirarla. El otro tipo no se había movido, continuaba en el mismo sitio y me observaba.

—Creía que el bar estaba cerrado.

Ella me dirigió una sonrisa despampanante de labios perfectos.

—Acaba de abrir.

17 de octubre por la tarde. Diez días antes.

La trajeron un viernes por la tarde. La cárcel estaba vacía. Casi siempre lo estaba.

Una de las maneras que teníamos de complementar nuestro presupuesto era alojar prisioneros procedentes de cárceles abarrotadas de otros condados. Solían tener bastante trasiego, especialmente en Gillette, en el condado de Campbell, y yo les ofrecía un hospedaje de alta seguridad y bajo confort a cambio de una parte de su base imponible.

Perro y yo habíamos dormido las tres últimas noches en la cárcel; me había acostumbrado a dormir en las celdas cuando me sentía insatisfecho y así me sentía desde que mi hija Cady se había marchado a su casa en Filadelfia.

Me apoyé contra la pared y noté que se me relajaban los hombros solo de mirar a Victoria Moretti. Era un regalo para la vista y disfrutaba observándola. El truco estaba en que no te pillara.

Vic marcó con saña el punto sobre una i y devolvió el boli al sujetapapeles. Había terminado de rellenar los formularios de transporte de prisioneros y se los devolvió a los dos ayudantes.

—La tal Mary Barsad debe de ser una pieza de cuidado para que os hayan mandado a los dos.

El chico con el típico bigote de poli cortó los resguardos y se los entregó a Vic.

—Lo bastante peligrosa como para pegarle seis tiros en la cabeza a su marido con un rifle de caza mientras dormía. Luego, por si acaso, le prendió fuego a la casa.

El otro ayudante lo interrumpió.

—Presuntamente.

El primer ayudante repitió:

—Presuntamente.

Vic echó un vistazo a los papeles y luego los miró.

—Tomo nota.

La ley de Wyoming estipulaba que las reclusas debían estar supervisadas en todo momento por una voluntaria o una oficial de prisiones y, aunque Vic no era ni una cosa ni la otra, le iba a tocar montar guardia a diario hasta que Mary Barsad fuera trasladada al condado de Campbell para ser juzgada tres semanas después. No podía decirse que estuviera encantada ante la perspectiva.

Se despidió de los dos ayudantes con un saludo expeditivo y yo esperé con Perro junto a la puerta de su despacho, situado al otro lado del pasillo, frente al mío. Me entregó los documentos guardados en un sobre amarillo, se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta. Me miró fijamente.

—No me puedo creer que me hagas esto.

—No es culpa mía. Si quieres gritar a alguien, llama a Sandy Sandberg para echarle la bronca.

Me agaché para acariciar a Perro para que el animal no se tomara la discusión en serio. Ella se agachó y le tiró de una oreja para que lo hiciera.

—No me dijo que era una reclusa.

—Ese soplapollas me está haciendo esto porque le gané en la competición de tiro de Douglas hace dos meses.

Pensé que podría distraerla antes de que perdiera los estribos del todo.

—¿Quieres comer algo?

Ella levantó la vista.

—¿En plan cita o cena a secas?

—Cena a secas. Como vas a pasarte aquí sola toda la noche, puedo traerte alguna cosa.

—¿Qué coño quieres decir con pasarme sola toda la noche?
¿Adónde vas?

Inspiré hondo.

—Bueno, creo que iré a casa.

Ella clavó la vista en la pared.

—Genial. ¿Te pasas la vida durmiendo en la cárcel y cuando vengo yo decides marcharte a casa?

—¿Quieres que me quede?

Ella me clavó una mirada con sus ojos color oro bruñido.

—Sí.

No me moví.

—¿Quieres que vaya a buscarte algo de comer?

—Sí. —Lo pensó por un momento—. ¿Qué vas a tomar tú?

Yo suspiré.

—Nunca lo sé hasta que estoy en la cafetería.

—Tomaré lo de siempre.

Me metí bajo el brazo el sobre y fui a comprobar cómo estaba la prisionera. Perro me siguió al trote.

Ella me llamó cuando ya iba por el pasillo.

—Y date prisa. Aquí tenemos el clásico ejemplo de lo que sucede cuando las mujeres nos cabreamos.

Mary Barsad no se parecía a ninguno de mis inquilinos habituales. Era alta y llevaba el cabello rubio recogido en una coleta que dejaba al descubierto un rostro con demasiada personalidad como para definirlo simplemente como bonito. Estaba estupenda, lo cual tiene mucho mérito si se tiene en cuenta que iba vestida con el mono naranja del Departamento de Prisiones del condado de Campbell. Tenía las manos finas y los dedos largos, unas manos ágiles con las que se cubría la cara.

—¿Le gustaría comer algo, Mary? —Ella no contestó—. Perro y yo estamos famélicos.

Ella asomó la cara un ápice y me fijé en que posaba los ojos celestes en Perro. Estaba terriblemente delgada y en las sienas se le adivinaban unas venas azuladas que temblaban con el latido de sus pensamientos.

—No, gracias.

Tenía una voz hermosa, amable, muy distinta a la que acababa de oír.

—Hasta el lunes no habrá más que pastel de pollo. ¿No preferiría cambiar de opinión?

Sus ojos desaparecieron detrás de las manos y lamenté su ausencia. Apoyé la mano en los barrotes.

—Me llamo Walt Longmire, solo estaré fuera veinte minutos pero, si necesita cualquier cosa, mi ayudante está en el pasillo. Su nombre es Victoria Moretti, aunque prefiere que la llamen Vic.

Al principio puede ser un poco intimidante... —Dejé la frase sin terminar al comprobar que no me escuchaba.

La observé un instante más y luego abrí la puerta trasera, bajé los escalones que quedaban detrás de los juzgados y me encaminé a la cafetería La Abeja Hacendosa. Perro me seguía de cerca. Pasamos ante uno de los brillantes carteles electorales blancos y rojos donde se leía VOTA KYLE STRAUB: UN *SHERIFF* DIFERENTE. Pensé en su lema para ganarse al condado. Y yo, ¿qué era? ¿Un *sheriff* indiferente? Cada vez que leía el eslogan me sentía como si alguien caminara sobre mi tumba antes de estar enterrado siquiera.

Kyle Straub era el actual fiscal y había emprendido una vigorosa campaña electoral sin escatimar en carteles, pegatinas y chapas. Estaban por todas partes, comenzaba a ser inquietante. Cuando llegó el turno de elegir un lema para mi propia campaña, propuse una cita de Catón el Viejo, «Cartago debe ser destruida», pero el consejo local rechazó mi sugerencia de plano.

Había gente que me apoyaba. Lucian Connally, el anterior *sheriff* del condado de Absaroka, había comparecido ante la asociación de veteranos y había declarado, alto y claro: «Si sois unos gilipollas y no valoráis lo que tenéis, entonces es que no os merecéis a un *sheriff* como Walt Longmire». Ernie Brown, alias *Hombre de mundo*, era el redactor jefe del *Durant Courant* y había pillado a Ruby, nuestra telefonista, en un arranque de sinceridad durante el cual había declarado que no votaría al fiscal ni para empleado de la perrera. Se diría que todo el mundo estaba haciendo todo lo posible para que saliera reelegido en noviembre. Todos menos yo.

El primer y único debate programado en el Club Rotario había sido poco menos que un desastre a pesar del apoyo de mi amigo Henry Oso en Pie. Kyle Straub había propuesto como eje central de su futura administración conseguir fondos para construir una nueva cárcel, y el hecho de que no tuviéramos los reclusos suficientes en el condado para mantener unas instalaciones de tal envergadura no hizo mella en una audiencia entusiasmada ante la perspectiva de un nuevo edificio junto a la circunvalación. Mi fallo había sido no tener en cuenta a todos los constructores que pertenecían al club.

Estábamos a mitad de octubre y anoecía. El cielo estaba plagado de estrellas y hacía una noche fresca, presagio del frío que

vendría. El otoño era mi estación favorita, pero Cady se había marchado a Filadelfia después del Día del Trabajo y su partida me preocupaba, al igual que empezaba a inquietarme la mujer que tenía encarcelada. Eché un vistazo a mi reloj de bolsillo para comprobar si me daba tiempo a llegar a la cafetería antes de que cerrara y la leontina con el jefe indio entre dos cabezas de caballo se agitó en el bolsillo de los vaqueros. Una plétora de hojas caía de los álamos que rodeaban los juzgados, y pisé varios montones de camino a La Abeja.

Dorothy Caldwell solía abrir hasta tarde la cafetería junto al Clear Creek para beneficiarse del turismo, pero la clientela había disminuido ahora que la temporada de caza tocaba a su fin. Si ya había cerrado no tendríamos más remedio que cenar pastel de carne, lo cual suponía un suplicio para el personal del Departamento del *Sheriff* del condado de Absaroka, aunque a Perro le parecía bien.

Me detuve junto a la puerta abierta de la cafetería desierta.

—¿Puedo dejarlo entrar?

Dorothy, dueña y gerente, dejó de rascar la parrilla y nos miró a mí y al animal.

—Va contra la ley.

—Yo soy la ley, al menos durante los dos próximos meses.

—Entonces supongo que no hay problema.

Me senté en mi taburete habitual junto a la caja registradora. Perro se sentó en el hueco del mostrador y observó a Dorothy, expectante. Ella metió la mano en un recipiente de acero inoxidable, sacó una loncha de beicon y se la lanzó. Desapareció de una dentellada. Bajé la vista hacia la cabezota rojiza de la bestezuela, tan grande como un cubo.

—Igual que el tanque de los tiburones en el acuario.

—¿Cuántos menús?

Me fijé en que ni siquiera se había molestado en preguntar qué quería. Llevaba años sin mirar la carta del establecimiento.

—Tres.

Dorothy bajó de un gancho una sartén tan grande como la tapa de un cubo de basura.

—¿Tienes un nuevo recluso?

—Un encargo de Gillette.

Eché un vistazo a la calle desierta. Me figuré que los tres componíamos una especie de *Noctámbulos* de Hopper en versión de las altas llanuras.

Dorothy echó unas cuantas cucharadas de manteca de cerdo en la sartén; como todo lo malo para la salud, olía de maravilla. Coció tres filetes de ternera y comenzó a ablandarlos con un mazo de cocina, luego los mojó en leche y los rebozó en harina aderezada con sal, pimienta y una pizca de pimentón.

No me pude contener.

— ¿Intuyo que lo de siempre es filete campero?

Ella echó los filetes rebozados en la sartén y metió algunas patatas en la freidora sin que Perro le quitara el ojo de encima.

— Es el especial. ¿Es que nunca vas a decirlo bien?

Abrí el expediente que había dejado sobre la barra y estudié las páginas que los ayudantes del condado de Campbell habían traído junto con la mujer.

— Asegúrate de incluir sobrecitos de ketchup.

— ¿Está Vic?

— Sí.

La siguiente pregunta no sonó completamente inocente.

— ¿Qué hace trabajando hasta tan tarde?

— Tenemos una prisionera.

Ella se inclinó sobre la barra y examinó el expediente. El flequillo entrecano le ocultaba los ojos.

— ¿Mary Barsad?

Los ojos color avellana reaparecieron y se encontraron con los míos, solo grises.

— ¿Te suena?

Ella cogió un tenedor y le dio la vuelta a los filetes con mano experta.

— Solo de lo que he leído en la prensa. Es la mujer que disparó a su marido después de que él matara a sus caballos, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

— No se mencionan los motivos desencadenantes, solo el espeluznante resultado. — Me quedé mirando el puño raído de mi camisa; tendría que comprarme camisas de uniforme nuevas un día de estos—. ¿Qué es esa historia de los caballos?

— Según la versión oficial se produjo un incendio causado por

un rayo, pero corren rumores de que él los encerró en el establo y le prendió fuego.

Me quedé mirándola fijamente.

—Estás de broma.

Ella negó con la cabeza.

—Eso es lo que va diciendo la gente. Por lo visto el tipo era un mal bicho. Debías de estar pescando con mosca con Henry cuando ocurrió; salió todo en los periódicos.

—¿Dónde sucedió eso?

—Fuera de tu jurisdicción, en el territorio del río Powder. Ella y su marido tenían una finca enorme al otro lado del río, cerca del brazo intermedio, donde el arroyo Wild Horse.

—Una zona difícil. —Me quedé pensando en ello—. Ese es el rancho L Bar X. Si mal no recuerdo, Bill Nolan era el propietario.

—Lo era, pero al parecer el tal Barsad se presentó aquí hace unos años y comenzó a comprar terrenos. Se quedó con el viejo rancho y construyó una mansión de troncos, pero supongo que también habrá desaparecido en el incendio.

—El informe dice que le dispararon mientras dormía. ¿Le prendió fuego a un establo lleno de caballos y luego se fue a la cama?

Ella sacó las patatas y las metió en unos envases para llevar junto con los filetes, tres ensaladas mixtas pequeñas y los sobres de ketchup y de aliño.

—Parece una negligencia en toda regla, ¿no crees?

—¿Quemó a los caballos vivos?

Colocó tres vasos de té helado y el azúcar en un soporte y me lo pasó por el mostrador junto con la comida.

—Eso dicen. Por lo que tengo entendido poseía los mejores ejemplares de cuarto de milla de todo el país.

Me levanté y Perro se dirigió hacia la puerta. Sabía que no podía ponerse pedigüeño hasta que llegáramos a la cárcel.

—¿Competían en carreras de rodeo?

—En campeonatos de apartado de reses, pero creo que ella también competía en carreras de larga distancia. Por lo visto era una jinete de primera categoría.

—Lo parece. —Hice acopio del festín ambulante—. ¿Qué demonios hacía con el tal...? —Distinguí el nombre en el expediente antes de cerrarlo y colocarlo encima del montón—. ¿...Wade Barsad?

Le pagué a la chef y también friegaplatos y ella me devolvió el cambio. Lo eché al bote de propinas. Era parte de nuestro ritual, como pedir lo de siempre.

—No todos comienzan siendo unos sinvergüenzas. Unos tardan más que otros en mostrarse.

Me detuve junto a la puerta.

—¿Lo dices por experiencia propia?

Dorothy se abstuvo de contestar.

27 de octubre, 11:35 horas.

La camarera de ojos oscuros se llamaba Juana y era originaria de Guatemala. Su hijo, Benjamin, el pequeño forajido del soportal, era medio cheyene y ahora estaba sentado en un taburete junto al mío. Manoseaba una botella de *ginger-ale* marca Vernor y estaba hipnotizado viendo *Jonny Quest* en Cartoon Network. Ni siquiera sabía que existía algo así. El legislador que había dictado la proclama del retrete había desaparecido.

—John; apuesto a que te llamas John. —La mujer le robó un poco de refresco a su hijo con la pajita y me miró de reojo—. No, es demasiado soso. William quizá, puede que Ben. —Se acodó en la barra y contempló al chico—. Puede que se llame Benjamin, como tú.

—Se llama Eric.

Lo dijo con tanta certeza que casi lo creí. Levantó una nalga del asiento, sacó una tarjeta de visita del bolsillo trasero de los tejanos y se la entregó a su madre.

Reconocí la tarjeta: procedía del asiento de mi coche de alquiler.

Ella leyó:

—«Eric Boss, Seguros Boss, Billings, Montana».

Me quedé mirando al chavalín y pensé que tenía agallas para entrar en el vehículo que ocupaba Perro. Su mitad cheyene se hacía notar.

—¿Has cogido eso de mi coche?

El niño no respondió, pero se ganó una mirada recriminatoria de su madre y su nombre pronunciado en español:

—¡¿Ben-ja-míín?!

Él se encogió de hombros.

—Estaba abierto.

Cuando ella fue a rodear la barra, él se bajó de un salto del taburete y salió pitando hacia la puerta como un ladrón de diligencias en miniatura.

Ella cruzó la habitación como una flecha y le gritó a su hijo desde la puerta:

—*Vete a la casa, desensilla el caballo, y vete directamente a tu cuarto.* —El sonido de los cascos del caballo retumbó en la calle de tierra mientras ella continuaba gritándole—: *¡Escúchame!*²

La mujer cerró la mosquitera tras de sí, pasó ante mí en silencio y volvió a ocupar su puesto tras la barra. Una vez allí, deslizó la tarjeta hacia mí.

—Te pido disculpas.

—No pasa nada.

Cogió el mando a distancia y apagó los dibujos animados, donde un ojo gigante con patas de araña perseguía a la gente por el desierto. Echó mano de una cafetera recién hecha.

—Bueno, esto resuelve el misterio. —Le alcancé la taza y la observé mientras rellenaba el recipiente de porcelana blanca—. Has venido por la casa que ardió, el establo con los caballos. —Me devolvió la taza llena—. Por lo de esa mujer, ¿verdad?

Le di un sorbo al café —estaba sorprendentemente bueno— y recuperé la tarjeta de visita.

—¿A qué mujer te refieres?

² En castellano en el original. (*N. de la T.*)